

Anna Poca

LA ESCRITURA

COPIA
S. I. G. Y. T.
Int
L. y. Com
23
17

FOTOCOPIADORA
CEHCE 634
Folio 66 S/F 1
D/F 8

I. Teoría de la escritura

1. El pensamiento aprende a escribir

La importancia de la antigua civilización griega para el mundo entero empieza a aparecer ahora bajo una luz nueva. Más que una época, Grecia es casi un lugar en la historia humana: el punto en el que el conocimiento de la escritura alfabética, profundamente interiorizado por primera vez, choca de frente con la cultura oral. Así se constata en el diálogo *Fedro* de Platón. La escritura se presenta como pérdida del alto nivel simbólico que ha alcanzado la sociedad oral. Una sociedad basada en la escritura, afirma Sócrates, no tiene memoria, y es anómala, mientras que una sociedad que carece de escritura, se basa en una fuerte memoria colectiva y no en el olvido, pues la escritura es un simple recordatorio, pura apariencia de sabiduría.

El *Fedro* de Platón representa entre los textos que constituyen nuestra tradición, el primer repudio legítimo del pensamiento de estilo oral, formulaico y acumulativo, perpetuado por Homero. Platón se declara a favor de un «modo de pensamiento», de análisis o de disección del mundo posibilitado por la incorporación del alfabeto en la *psique* griega. Habrá que volver más tarde sobre este primer documento, capital en la historia de nuestra escritura, pues las relaciones entre saber, memoria y olvido se revelan, una y otra vez, como un asunto de escritura. Nos basta constatar por el momento que el enigma del origen de la escritura está contenido, podríamos decir incluso encerrado, en una leyenda («cosa para leer») que nos cuenta un *grafolecto*. Y nuestro primer *grafolecto* («lengua transdialectal for-

mada por una profunda dedicación a la escritura»), calla preguntas esenciales: ¿cómo debe ser un pensamiento sin escritura?; ¿qué significa haber aprendido a escribir?

Con el trabajo de Milman Parry (1920-1935), y desde el interior de los estudios literarios, ha empezado a emerger un sentido para el contraste entre modos orales y modos escritos de pensamiento. Parry demostró cómo todo aspecto característico de la poesía homérica, la lengua griega de la *Iliada* y de la *Odisea*, no podía caracterizar a su vez una lengua que se hubiese hablado alguna vez como lengua cotidiana. El primer poema épico de nuestra tradición es, como demostró Parry, un lenguaje debido a la economía que le impusieron los métodos orales de composición. Un lenguaje perfilado a través del uso de los poetas que aprendían el uno del otro, generación tras generación. Y eso sólo podía hacerse a través de fórmulas absolutamente predecibles. Éste es el sentido contenido en la palabra griega «rapsoda» (*rapsodein* = zurcir, coser): el poeta compone y acarrea el relato, al mismo tiempo. Lo sabe: lo lleva con él.

Provisionalmente —aunque sobre la marcha las cosas no nos parecerán tan simples—, convenimos en distinguir entre una forma de «oralidad primaria» y una forma de «oralidad secundaria». La primera se refiere al modo de pensamiento de una cultura que carece de todo conocimiento de la escritura o de la impresión. La segunda designa el modo de pensamiento de nuestras sociedades: en un contexto altamente tecnificado, la voz («artificial»), vuelve a ser el medio privilegiado de la comunicación.

Vamos a ocuparnos, en primer lugar de la «oralidad primaria». Esta es su hipótesis: conjeturamos sólo cómo pudo ser, pues hoy en día toda cultura conoce la escritura. Y llamamos a esa desconocida edad de la humanidad «oralidad primaria», porque no tenemos otro nombre para distinguir la herencia meramente oral de una cultura. Esto es: lo que no es literatura, que básicamente significa «escritos» (del latín *littera*, letra del alfabeto). Oralidad primaria o bien «épica» (del protoindoeuropeo, *wekw*, «voz»). Tal vez es ésta la única palabra genérica que puede nombrar las

vocalizaciones de los griegos homéricos o de los lakota sioux de Norteamérica. Palabra que también alude a otras muchas como historias, proverbios, plegarias, dichos, rezos, mitos, cuentos...

2. Un modo oral de pensamiento

Supongamos que deseamos reconstruir en qué forma característica de pensamiento podría producirse la memoria colectiva de una cultura oral. Ésta podría ser la simplificación de su inteligencia:

1. Las palabras entrañan un potencial mágico (así nos lo recuerda aún el Génesis (2:20), cuando Adán pone nombre a los animales, erigiéndose de este modo en su señor.)

2. La experiencia se intelectualiza de forma mnemotécnica. Las expresiones fijas, rítmicamente equilibradas («divide y vencerás», «¡qué pretensión ni qué alforja!»...), forman la substancia misma de lo que se transmite como pensamiento. Lo que implica que la expresión tiende a ser acumulativa antes que analítica, redundante antes que ahorrativa. Se prefiere «el valiente soldado», «un cielo de negros presagios», antes que «el soldado», «el cielo». Se trata de mantener al hablante y al oyente en una misma sintonía: la conservación de lo apenas dicho. De ahí que lo heroico y lo maravilloso organicen la experiencia en una forma memorable permanentemente. De ahí también sus matices agonísticos y triunfalistas muy marcados: es un mundo intensamente polarizado del bien y del mal, de la virtud y del vicio. De los villanos y de los héroes, del elogio y de la injuria.

3. Las figuras de los ancianos son centrales: asumen el papel del tradicionalismo repetidor. Lo que implica, a su vez, el almacenamiento de información inmediata al mundo vital humano. Información situacional, no desprovista del contexto de la acción humana, antes que abstracta. Los significados del saber se fijan por «ratificación sistemática directa» (Goody): «esto significa, aquí y ahora: así».

La «perversa» y «maquinadora» leyenda de la escritura

PLATÓN, *Fedro*: «¡Oh artificiosísimo Theuth! A unos les es dado crear arte, a otros juzgar qué de daño o provecho aporta para los que pretenden hacer uso de él. Y ahora tú, precisamente, padre que eres de las letras, por apego a ellas, les atribuyes poderes contrarios a los que tienen. Porque es olvido lo que producirán en las almas de quienes las aprendan, al descuidar la memoria, ya que, fiándose de lo escrito, llegarán al recuerdo desde fuera, a través de caracteres ajenos, no desde dentro, desde ellos mismos y por sí mismos. No es, pues un fármaco de la memoria lo que has hallado, sino un simple recordatorio. Apariencia de sabiduría es lo que proporcionas a tus alumnos, que no verdad. Porque habiendo oído muchas cosas sin aprenderlas, parecerá que tienen muchos conocimientos, siendo, al contrario, en la mayoría de los casos, totalmente ignorantes, y difíciles, además, de tratar porque han acabado por convertirse en sabios aparentes en lugar de sabios de verdad.»

ROUSSEAU, *Emilio o acerca de la educación*: «¡Cuántas veces se elevarán contra mí! De lejos oigo los clamores de esa famosa cordura que sin cesar nos expulsa fuera de nosotros, que nunca toma en cuenta al presente, y persiguiendo sin descanso un porvenir que huye a medida que se avanza, a fuerza de transportarnos donde no estamos nos transporta donde no estaremos jamás. (...)» ¿Hablaré al presente, de la escritura? No, tengo vergüenza de divertirme con esas simplezas en un tratado sobre la educación.»

Confesiones: «Todos los papeles que había reunido para suplir mi memoria y guiarme en esta empresa, pasados a otras manos, ya no volverán a las mías.»

HEGEL, *Fenomenología del espíritu*: «Siendo el cálculo una operación exterior y en consecuencia, mecánica, se han fabricado máquinas que ejecutan las operaciones aritméticas perfectamente. Si juzgamos por este hecho la naturaleza del cálculo, se puede calibrar lo que vale la idea

que pretende hacer del cálculo el medio para formar el espíritu y torturar a éste para que se perfeccione hasta convertirse en una máquina.»

HEIDEGGER, *Identidad y diferencia*: «El tiempo del pensamiento no es el tiempo de ese cálculo que nos asalta hoy en día desde cualquier parte. La máquina de pensar de nuestros días calcula en un segundo millares de relaciones; y todas ellas, a pesar de su utilidad técnica, están vacías de sustancia.»

4. Aprender significa lograr una identificación participativa, comunitaria y de asunción personal de lo sabido. El componente somático de sus participantes está directamente involucrado. Memorizar está relacionado con movimientos corporales como tejer, hilar, bailar. Los judíos ortodoxos todavía recitan en Israel el texto sagrado del Talmud con un balanceo hacia adelante y hacia atrás. Pero aprender a memorizar así es también una forma de homeostasis: en un presente que guarda el equilibrio, siempre desprendiéndose de los recuerdos que no tienen pertinencia. Así se aprende en el estilo de vida «verbomotor», como la compra y el regateo en un bazar árabe. Jamás una transacción sino un duelo cortés en el que todo el ingenio de los participantes está involucrado.

5. El sonido predomina en la organización verbal de lo sabido. Ello conlleva, en definitiva, el predominio de todo tipo de procedimientos técnicos armoniosos sobre las inclinaciones analíticas y divisorias de la expresión.

3. *La mente popular alfabetizada*

Por contraste con lo que hemos llamado hipótesis de una época de «oralidad primaria», podemos ahora describir la forma colectiva de memoria que caracteriza nuestro modo de pensamiento alfabetizado.

1. Archivo de todo acontecimiento singular, accidental o excesivo (así nace en nuestra cultura la epistolografía, la literatura memorialística...). Este archivo supone, en primer lugar, una atención especial a la relación causa-efecto y al resultado de las acciones. Y en segundo lugar, el privilegio de la mirada hacia el pasado. Con respecto a él, entendido como tradición, cada individuo debe decidir sus estrategias de conducta. Esta forma de archivo construye una dimensión temporal que da lugar al concepto de Historia.

2. Utilización y desarrollo de tecnologías (escritura, imprenta, ordenador...), que trasladan el habla de un mundo auditivo a un nuevo mundo sensorio: el de la vista.

Transformación, por lo tanto, del mundo fugaz del sonido en el mundo silencioso y altamente permanente en el espacio. Este predominio de la vista supone también el control de la posición de las marcas sobre el soporte. Estas marcas reconstituyen la palabra hablada en el espacio. Primero «incrustada» (impresión), después programando su composición con caracteres electrónicos (terminal de ordenador).

La técnica de escritura que está en el origen de los listados, el índice (*index locorum communium*), muestra esta encrucijada entre la cultura auditiva y la visual. Se trata de grandes divisiones bajo las cuales es posible hallar diversos argumentos, «lugares psíquicos» (causa, efecto, tema...), donde se almacenan ideas de manera totalmente física y visible. Se trata de una nueva organización espacial de la mente. Y en consecuencia, el «espacio blanco» del papel adquiere una significación enorme.

3. Reflexión progresiva de la inteligencia humana. Con el traslado de la palabra al mundo silencioso de la vista se abre, en primer lugar, la posibilidad de las grandes religiones introspectivas (budismo, judaísmo, cristianismo, Islam...). Más tarde, con la impresión, se inaugura la vida personal privada que sustituye a la lectura en grupo de manuscritos.

4. Se inaugura una nueva idea del conocimiento. En una cultura oral el conocimiento no puede ser transmitido sino construido por cada aprendiz de repetidor. En una cultura escrita, la retórica (el arte de hablar), queda desplazado del centro de la educación. La sustituyen saberes cuantificados a gran escala, gracias a la posibilidad del empleo del análisis matemático, de diagramas, de gráficas. Ello supone también la transformación de muchos géneros de arte verbal: lírica, teatro, filosofía, narrativa, se revolucionan al someterse a la trama organizadora del orden caligráfico.

5. La palabra se privatiza. El antiguo reino oral se convierte gradualmente en feudos francos reclamados por particulares. Con la tipografía, la palabra se mercantiliza por completo. Nace el concepto de «plagio», copia ilícita. Se considera una «obra» como una unidad en sí misma,

detentadora de un «punto de vista fijo» (Mc Luhan). Y la conservación de un tono invariable a lo largo de una composición solicita, a su vez, un «público lector»: una masa variable de desconocidos capaces de habérselas con ciertos puntos de vista establecidos.

¿Qué nos permite concluir la forma característica básica de un modo de pensamiento alfabetizado?

Para empezar, puede decirse que una pre-historia de la humanidad —si convenimos en llamar así la vida sin escritura de la que ésta; no obstante, procede— no sabe nada de ciertos conceptos que constituyen la posibilidad básica de nuestro modo de pensamiento. Conceptos que a *grosso modo* podríamos llamar «hijos del alfabeto».

La «palabra» antigua tiene muy poco que ver con los múltiples átomos de la lengua que clasificamos en diccionarios. Tal vez sólo cuando decimos expresiones como «mantener la palabra» o «esto son palabras mayores», podemos hacernos una idea de lo que eran las antiguas vocalizaciones. Apelamos en ese caso al sentido de originario de *logos*, que se refería, parece ser, en griego, antes de la escritura, a unidades como sílabas, frases hechas, estrofas, voces...

Y como nuestra «palabra», nuestra «memoria», así también nuestra tendencia a ver el mundo como un «texto» cuyo significado se revela sólo al hombre de letras. Quien busca leyes y trata de diagnosticar el futuro basándose en el pasado, es un «hijo del alfabeto». Por eso los saberes no contenidos por los libros son para nosotros «superstición», y nos resulta difícil, sin embargo, imaginar que la separación de palabras en un texto, tal como ahora los usamos, no se introdujo hasta el siglo VII de nuestra era. Cuando los textos en latín, que hasta entonces habían sido deletreados son troceados, como procedimiento pedagógico, para enseñar a leer a los que no saben latín: esto es, a los bárbaros que han invadido el descompuesto imperio grecorromano.

Quizá como ningún otro objeto teórico, la escritura nos demuestra la imposibilidad de tratar el pensamiento humano

en términos de universales, pues la escritura nos muestra a cada instante el pensamiento humano como un resultado histórico.

Tomemos estas tablas, establecidas comparativamente, de un modo de pensamiento oral y un modo de pensamiento escrito como un apunte general de diferencias entre modos de pensamiento, tal vez, insalvables. Una última ilustración de ello: nuestra definición del hombre «monolingüe». Esta definición es impensable en la Antigua Grecia o en la Edad Media. El sentido del término «lengua» aparece gradualmente a lo largo de la Edad Media a través de la traducción de textos. Una época en la que, por otra parte, pocas personas sabían con exactitud el año en que habían nacido. Lo que se decía, en tiempos de Cristo, en un habla, era comentado, resumido en otra. Y puede decirse que casi hasta que no apareció la primera gramática de una lengua vulgar, la española, de Antonio de Nebrija (1492), un habla se parecía más a un tono de color en un espectro que no a un cajón en un casillero. Precisamente cuando Cristóbal Colón emprendía el camino del dominio europeo de América, Nebrija otorgaba con su gramática la posibilidad de someter a todos los habitantes de las Españas a una lengua por primera vez estandarizada.

Como la definición de «lengua», también la del «yo», la de «ficción», la de «verdad» tienen una historia debida a la escritura. Hoy podríamos decir que se erigen en «guardianes del alfabeto». También nuestro «silencio», en todas sus formas, desde las pausas en blanco entre las palabras, hasta el quedarse absorto en un texto, es un silencio paralelo al «nosotros». Ésta es una forma de plural específica de nuestro modo de pensamiento escrito: el de la extraña contemporaneidad del que escribe y del que lee, ausentes los dos.

La proliferación de la escritura

Desde hace un tiempo, aquí y allá, por un gesto y según motivos profundamente necesarios, cuya degradación sería más fácil denunciar que descubrir su origen, se decía «lenguaje» en lugar de acción, movimiento, pensamiento, reflexión, conciencia, inconsciente, experiencia, afectividad, etc. Se tiende ahora a decir «escritura» en lugar de todo esto y de otra cosa: se designa así no sólo los gestos físicos de la inscripción literal, pictográfica o ideográfica, sino también la totalidad de lo que la hace posible; además, y más allá de la faz significante, también la faz significada como tal; y a partir de esto, todo aquello que pueda dar lugar a una inscripción general, sea o no literal e inclusive si lo que ella distribuye en el espacio es extraño al orden de la voz: cinematografía, coreografía, por cierto, pero también «escritura» pictórica, musical, escultórica, etc. Se podría hablar también de una escritura atlética y con mayor razón, si se piensa en las técnicas que rigen hoy esos dominios, de una escritura militar o política. Todo esto para describir no sólo el sistema de notación que se aplica secundariamente a esas actividades sino la esencia y el contenido de las propias actividades. También es en este sentido que el biólogo habla hoy de escritura y de programa a propósito de los procesos más elementales de la información en la célula viva. En fin, haya o no límites esenciales, todo el campo cubierto por el programa cibernético será un campo de escritura. Aun suponiendo que la teoría de la cibernética pueda desprenderse de todos los conceptos metafísicos —hasta del concepto de alma, de vida, de valor, elección, memoria— que anteriormente han servido para oponer la máquina al hombre, tendrá que conservar, hasta que sea denunciada su pertenencia histórico-metafísica, la noción de escritura, de huella, de grama o de grafema.

JACQUES DERRIDA, *De la gramatología* (1967)

4. *El problema estructural básico de una ciencia de la escritura*

Empieza a perfilarse, después de estas notas, cuál es la dificultad de una ciencia, de un saber objetivo de la escritura. Podríamos formularla así: puesto que la escritura se vincula a una cierta concepción del sujeto, del tiempo, de la memoria, estamos siempre «en el interior» del espacio cultural que queremos describir. ¿Cómo puede ser de este modo posible una teoría de la escritura? Incluso nuestra palabra teoría, del griego *theorie*, espectáculo ofrecido a un espectador, nos advierte del enorme obstáculo. Pues la teoría se refiere a lo que puede ser visto a distancia, «objetivamente».

Jacques Derrida (1967), nos ofrece una explicación razonable sobre la naturaleza de este obstáculo. Para Derrida, la leyenda que la escritura cuenta sobre sí misma es estructuralmente semejante en todos los textos de nuestra tradición. Como ya hemos dicho, esta leyenda se remonta a la lengua griega. Y es el texto platónico del *Fedro* (274e-275 b) el que contiene su clave más diáfana. Allí se relata la ofrenda de la invención del alfabeto que hace Theuth al rey Thamus. Sócrates condena la escritura y la presenta como falsa droga, aunque eficaz contra las pérdidas de la memoria. La escritura es un fármaco o un suplemento peligroso que subvierte la relación directa del habla con el pensamiento. Por eso es un juego poco serio, poco natural, perverso incluso, pero del que, no obstante, no se puede prescindir. Pues con la escritura el pensamiento accede a la lógica, a la dialéctica, a la mitología. Veamos qué análisis puede hacerse de esta condena-elogio de la escritura:

1. Se representa la escritura como un «afuera» superfluo y parasitario de un «adentro» que está ocupado por la autenticidad de la palabra hablada. Esta es la que de verdad «presenta» el significado al pensamiento. Porque la escritura opera en ausencia del hablante y del receptor, es «falsa». En consecuencia, «oírse-hablar» parece ser la con-

dición más excelsa del lenguaje. La más cercana al pensamiento. Puro pensamiento. Podría decirse: la voz es la conciencia.

2. Se describe a la escritura como «instrumento imperfecto», «técnica peligrosa», porque la inscripción sensible es exterior y ajena al espíritu, al aliento del verbo. Con ello se inaugura el lado más negro de la leyenda de la escritura. Se la describe como «caída en el pecado», «usurpación y tiranía histórica», «olvido del origen simple». Y se la hace responsable de la violencia fatal de la constitución política que inaugura toda sociedad.

Derrida califica esta experiencia moral de la práctica del alfabeto como «fonocentrismo»: es decir, fetichización o veneración exagerada de la *phoné* (del sonido, de la palabra hablada). Todos los textos de nuestra tradición escrita padecen o nos recuerdan este estigma. Se erige un concepto de palabra hablada que representa la expresión ideal del sentido, la luz del verbo, la presencia a sí misma del pensamiento, «lo originario», en fin, el pensamiento por antonomasia. Y en consecuencia, la escritura, que convierte el lenguaje en marcas fijas, sin relación aparente con el pensamiento que las produce, viene a eclipsar la primera relación habla-pensamiento, que es la verdadera.

Esta condena paradójica (puesto que además se afirma que la palabra ya no puede prescindir del «eclipse» de la escritura), se reedita, después del texto platónico todavía varias veces y siempre en la misma forma. Con la obra de J. Rousseau, con la obra de Hegel, con la obra de Saussure. Tres repeticiones del platonismo o «fonocentrismo»: tres ocasiones en las que se presenta la escritura como herramienta de valor doble, al mismo tiempo que se denuncian los peligros del formalismo matemático para el pensamiento.

Como constata Derrida, no se condena la escritura, una técnica, sin condenar también, una y otra vez, las «máquinas». Es conocido el temor expresado por los textos de nuestra tradición contra las «máquinas»: su funcionamiento es «impensable», «amenazante» para la vida del espíritu.

tu. Son exteriores al espíritu y amenazan con contagiarle su mecanicidad.

Ahora bien, desde hace casi tres siglos, una naciente «gramatología» (ciencia de la escritura, grama en griego, «huella»), ha empezado a desanudar la complicada leyenda que la escritura cuenta sobre sí misma. El desplazamiento epistemológico empezó con las primeras historias de las escrituras y con el desciframiento de escrituras hasta entonces crípticas, hacia los siglos XVII y XVIII. Empezó ya entonces la genealogía de la escritura, esto es, el relato de la formación de los conceptos que la escritura ha creado con su funcionamiento. El proyecto leibziano de una «característica universal» (1678), supone ya un paso importante en la relativización de nuestro modo de pensamiento fonocentrista. Leibniz proponía la sustitución del razonamiento por el cálculo, lo que lo erige en el precedente de toda la lógica formal moderna. Sin embargo, Leibniz es también víctima de un prejuicio teórico que le impedirá instaurar una ciencia general de la escritura, una gramatología, tal como ha propuesto Jacques Derrida. Leibniz se revela «hijo de su época» cuando afirma la superioridad de la lengua china, porque ésta representa más «pura» y fielmente, más «abstractamente» la estructura de la realidad.

Habrà que esperar a los trabajos de Fréret y de Waburton para ver con mayor claridad de qué manera escritura y modo de pensamiento están indisolublemente implicados. Fréret (1718), demostrará cómo los chinos no han tenido jamás algo semejante a una «lengua filosófica». Precisamente en la lengua china el sujeto no es una unidad indivisible, como en nuestro Occidente alfabetizado. Waburton (1742), disolverá el llamado «prejuicio jeroglifista». Para ello demuestra que en la historia de las escrituras unas no se reemplazan a otras sino en la medida en que un nuevo sistema permite economizar espacio y tiempo. Por último el ilustrado Condillac (1749), nos recuerda que la historia del pensamiento occidental es la historia de la prosa. O más bien: del devenir prosa del mundo. Cuando aparece la prosa, ya no se requiere el ritmo y la rima que tienen por función, según Condillac, grabar el sentido en la memoria.

El filósofo, intolerante con la poesía, ha adoptado la escritura literal: la filosofía es la invención de la prosa. Y esta escritura literal tendrá siempre como progreso lineal la condensación puramente cuantitativa. Con lo que Condillac dejó sentado que la aparición de las formas de las escrituras es relativamente independiente de los ritmos de las historias de las lenguas.

La propuesta gramatológica de J. Derrida rubrica esta lenta inversión de la leyenda negra y «fonocentrista» de nuestra escritura alfabética. En su libro *De la Gramatología* (1967), enuncia los presupuestos básicos para un saber genealógico de la escritura. Se trata del uso operativo de dos conceptos y de un mito que debe ser renovado:

a) Concepto de «archiescritura», «grama», «diferencia», «huella». Hace referencia al juego diferencia entre los grafemas de un texto escrito, cada uno de los cuales se constituye a partir de la traza que ha dejado en él otros elementos de la cadena o del sistema.

b) Concepto de «linealización», que describe un «cierto» pensamiento simbólico: el de nuestro modo de escritura. En esta época de nuestro pensamiento, la representación del hombre mediante la simple posibilidad de la grafía es sólo una etapa —ínfima— o una articulación en la historia de la vida.

Estas son las características fundamentales de la «linealización»:

1. Concepto lineal del tiempo, homogéneo, dominado por la forma del «ahora», y el ideal del movimiento continuo, recto o circular. Este concepto del tiempo es un efecto de la consecutividad del lenguaje escrito.

2. Procesos de capitalización de la información y de la ideología occidentales, sedentarización, jerarquización y formación de la ideología por parte de los que escriben. La economía, la técnica, la ideología, son solidarias por la escritura.

c) «Mito del origen», que cuenta la complicidad de todos los saberes en el relato de su origen, supuestamente «oral», y por lo tanto, asimilable al pensamiento. Frente a este mito, la escritura como problema sólo puede ser reto-

mada en la raíz de todas las ciencias occidentales. Allí donde ciencias y filosofía admiten «que se escriben». A la perpetuación legendaria del culto a la palabra hablada, deben oponerse las siguientes proposiciones:

1. No existe una escritura puramente fonética. Nuestra escritura no es «naturalmente» fonética. Fonético y no fonético son elementos típicos comunes a todos los sistemas de escritura. Su importancia o preeminencia está vinculada a su organización estructural.

2. Rechazo de la teoría del «monogenetismo gráfico» que asimila todos los sistemas de escrituras a un solo origen. Pues todas las diferencias se convierten en «desviaciones» o en «accidentes».

3. Liberación de todo el campo de la formalización del lenguaje.

5. *El sujeto como efecto de la escritura*

No hay ciencia de la escritura porque el «hombre» de la escritura no existe, sólo existe su sujeto, según nos propone la pramatología derridiana. O bien, dicho de otro modo: la escritura es el nombre de la constitución de los sujetos en nuestra cultura. Lo que quiere decir, claro está, que el concepto de sujeto no puede ser el mismo en Occidente que, por ejemplo en la cultura china. En Occidente, el cristianismo, después de la filosofía griega del logos, que encarna la unidad indivisible, ha venido a recubrir un sistema de escritura fundado sobre el alfabeto. En la cultura china, el sujeto se refiere al principio taoísta que se funda en la coexistencia de dos principios (el ying y el yang).

«Yo soy el alfa y el omega, el primero y el último, el principio y el fin» (San Juan, Ap. 22-13). Este ser encarnado en la letra que aparece como «causa» de la leyenda que la escritura cuenta sobre sí misma, se confía, paradójicamente, siendo un espíritu universal, al soporte inerte de la letra muerta. No obstante, esta lectura de la leyenda que ahora hacemos es muy reciente. La leyenda no empieza a darse a leer hasta que la lingüística estructural. (Saussure)

no empieza a explicar y a describir la transmisión de sentido, el juego del lenguaje, como algo que sucede en una cadena de elementos, ninguno de los cuales puede funcionar por sí mismo:

«Lo mismo que el juego del ajedrez está por entero en la combinación de las diferentes piezas, así la lengua tiene el carácter de un sistema basado completamente en la oposición de sus unidades concretas. No es posible dispensarse de conocerlas; ni dar un paso sin recurrir a ellas; y sin embargo, su delimitación es un problema tan delicado que uno se pregunta si tales unidades están realmente dadas.

La lengua presenta, pues, ese carácter extraño y sorprendente de no ofrecer entidades perceptibles a primera vista, sin que pueda dudarse, sin embargo, de que existan y de que es su juego lo que la constituye. Ése es sin duda un rasgo característico que las distingue de todas las demás instituciones semiológicas» (F. de Saussure, Curso de lingüística general).

Al poner en cuestión la indivisibilidad del sujeto que está fijado en la unidad, la escritura empieza a desdecir su propia leyenda. No es por azar, sin embargo, que una teoría de la división del sujeto como la que propone Lacan («el sujeto no es otra cosa que aquello que se desliza en una cadena de significantes»), es contemporánea de la fisión del átomo explicada por Einstein (1938). Ambas teorías coinciden en proponer la energía como materia.

Así escribimos ahora (así actualizamos ahora la leyenda de la escritura): si la letra tiene sentido no es porque sea la huella de un ser universal y transcendental, sino por su condición de «tejido», por ser pedazo de un elemento que va hacia un elemento diferente, con el que establece una relación. La misma grafía manuscrita muestra perfectamente que cada letra supone un enganche, un anzuelo, un bucle que solicita la continuidad de otras letras. Así nos lo muestra también la estructura del intercambio epistolar: cada carta tiene sentido por el efecto de retorno que recibe de otras cartas. Se trata siempre de un movimiento progre-

sivo y retroactivo. Y así nos lo muestra también cualquier aprendizaje de integración en nuestro mundo social: el paso de la cruz anónima a la firma que prueba la identidad del sujeto, y por lo tanto, su capacidad para situarse en los intercambios que rigen una sociedad.

Ahora bien, el sujeto de nuestro modo de pensamiento alfabético se constituye, como indica el ejemplo del intercambio epistolar y también la firma de identidad, gracias a su condición de «ausente». En la forma analógica del amor, Kafka describe a su amada Felice (marzo 1922) en qué consiste esta ausencia: *«Escribir cartas significa quedarse al descubierto ante los fantasmas que esperan ávidos. Los besos escritos no alcanzan su destino: los fantasmas los sorben por el camino. Y con este precioso alimento se reproducen de manera inaudita».*

Todo acto de escritura repite este drama de la constitución del sujeto por su extinción. Veamos pormenorizadamente este segundo estigma de nuestro modo de pensamiento alfabético.

Cuando hablamos somos objeto de la ilusión realista de identificar partes de realidad con cada una de nuestras palabras. Y es, al mismo tiempo, en la escritura, para un sujeto occidental, donde se constituye la dimensión de «lo real». Y esta construcción toma la forma —porque es la medida simbólica de la ausencia del sujeto—, de «nuestra» muerte, de «nuestra» desaparición. Por eso pensamos en escribir como en una abstracción del tiempo presente para dar lugar a otro tiempo. En este tiempo, el sujeto que escribe —y con ello se constituye, gana una identidad— se eclipsa, para alcanzar otro sujeto. Todo escrito es una travesía del sujeto (ausente) hacia un destinatario. Todo escrito es, por definición, como sabemos, lo que queda más allá de la muerte del que escribe, lo que puede transmitirse de generación en generación.

Esta es la paradoja de la naturaleza testamentaria de nuestra escritura alfabética. El sujeto accede a ella para tener su memorial, su realidad, y la alcanza en y por una dinámica del gasto: por una combustión, podría decirse.

Volveremos más tarde sobre ello con esta afirmación: toda escritura tiene la estructura de una ficción. Nos basta ahora introducir junto a la escritura testamentaria un símil nada azaroso. Esta comparación nos permite comprobar la contemporaneidad de la teoría de la escritura que ahora hacemos y nuestra percepción de la era cibernética.

La teoría de la escritura describe a ésta físicamente. Y la describe como lo contrario de un sistema entrópico. Esto es, la escritura es lo contrario de un desorden: de ningún modo es un sistema que supone la pérdida de energía hasta un estado de inercia absoluta en el que toda la energía se abole. Precisamente la ciencia cibernética —y aquí se revela la continuidad de nuestro modo de pensamiento alfabético—, se ha constituido a partir de la noción de «negantropía» (no-caos). Un mínimo de suplemento energético, portador de información, puede pasar de un sistema de desorden al de orden, de un estado menos probable a otro más probable.

6. *Autonomía cultural de la escritura*

Hemos advertido desde el comienzo cómo el objeto teórico «escritura» es el resultado de la confluencia de muchos saberes científicos y de una práctica cotidiana que prolifera en nuestro siglo, parece ser, sin límite.

Desde hace algunos años, no obstante, los estudios sobre el orden escritural han empezado a autonomizarse. Contamos con una «Lingüística del texto»: ciencia que analiza la diversidad de los textos por sus superestructuras formales. Contamos también con una pragmática del texto: ciencia que estudia lo que concierne a las condiciones y medios de comunicación textual intersubjetiva. Aquí nos puede bastar un repaso somero del recorrido que la escritura ha realizado en el interior de una sola disciplina —la lingüística—, para imaginarnos, proporcionalmente, travesías semejantes en el interior de otras disciplinas.

Las fases de una lingüística de la escritura podrían esquematizarse así:

1. Los lingüistas, en general, pese a mantener actitudes muy diversas, a veces enfrentadas por lo que hace a la idea del «lenguaje», están tácitamente de acuerdo en la idea tradicional de la escritura, tal como su leyenda ha dejado huella en los textos más importantes de nuestra tradición. Esto es, se considera la escritura como un procedimiento de representación del lenguaje por marcas visibles. El habla es la forma de lenguaje humano por excelencia.

2. La escuela lingüística de Praga (especialmente Vačček, 1939), distingue por primera vez, y contradiciendo la leyenda tradicional de la escritura: «la coexistencia en un único lenguaje de dos normas, la hablada y la escrita». Esta nueva actitud de estudio —que ya había sido preconizada por la escuela lingüística de Copenhague—, supone el reconocimiento de características estructurales distintas para cada norma del lenguaje. Se desplaza por lo tanto, por primera vez en el interior de la lingüística, las relaciones simples y tradicionales: habla = natural, escritura = artificial. Y el problema de la escritura parece concebirse cada vez más como una investigación de la escritura para la semántica y para el conocimiento, y no como la búsqueda de ciertas categorías universales sobre la condición de la escritura.

Este modelo teórico, que independiza finalmente el objeto teórico «escritura» ha declarado ya obsoletas ciertas polémicas entre la oralidad y la escritura. No se trata ya de la primacía originaria de una sobre la otra. Es de común aceptación, claro está, la primacía filogenética y ontogenética del lenguaje hablado. Una enorme etapa oral precede como pre-historia a la historia de la humanidad escribiendo. Existen civilizaciones sin escritura, lenguas que no se han escrito. Y cada uno de nosotros aprende a hablar antes que a escribir. Pero si reflexionamos sobre el modo de pensamiento en el que hemos aprendido a hablar, un modo de pensamiento alfabetizado, como hemos visto, debemos admitir de inmediato que debemos nuestra idea de lenguaje oral a la escritura.

3. Es por ello que para investigar qué tipo de «funcionalidad» y de «práctica» ha determinado específicamente

el lenguaje oral de una comunidad lingüística, la lingüística habla finalmente de la «autonomía cultural del orden escrito» (Peytard). Estas son sus características:

a) Autonomía funcional: la escritura asume unas específicas funciones tradicionales (cartas, actas, memoriales...); funciones cívicas (registros civiles, contratos, facturas...); funciones autónomas (periódicos, libros, graffitis, rótulos...).

b) Autonomía semiolingüística: un cierto «aire escritural» (Peytard, 1975), pone de manifiesto cómo la escritura vincula diferencias léxicas, gramaticales o estilísticas a otros sistemas semiológicos que no son los de la lengua: sistema tipográfico, icónico, cromático... Cuando leemos «circular lentamente», «empujar», la producción escrita es por sí misma una imagen. De ahí que conozcamos la extensión de la escritura como página publicitaria, catálogo, logotipo...

c) «Competencia» de comunicación escrita. Las definiciones bibliográficas son múltiples. Pero si hubiese que citar una palabra común a todos los estudios que se ocupan de ella, deberíamos hablar de «interacción».

«Interacción» significa encrucijada de acciones. Esto es, la escritura se concibe como producto de una práctica social y cultural, y a la vez, lugar de producción y de circulación de sentido. Es relativamente sencillo imaginar las múltiples figuras de esta interacción así como las diversísimas circunstancias en las que pueden producirse. Cualquier escrito está investido de un saber-hacer para el que no es indiferente ni la edad, ni el sexo, ni la profesión, ni la formación cultural del escritor/a, es, /as. Y a la inversa: un escrito puede detentar un carácter anónimo (graffiti); colectivo (anuncio publicitario); o único (discurso político). Con ello hemos aludido ya a un sinfín de figuras.

Si nos ocupamos de las circunstancias de la interacción en las que se produce el escrito, puede contemplarse un acto de lectura como la constitución de un público diverso (lecturas individuales, colectivas, «lector medio»...); o bien pueden estudiarse los diversos modos en los que la escritura se inviste del conflicto sociolingüístico. Una lengua pue-

de, por ejemplo, a través de su escritura, proclamar su legitimidad, reivindicar su existencia. Un grupo social puede expresar su reacción a determinada dominación o coerción. También los escritos, como mercancías, son exponentes de un espectro jerárquico en nuestras sociedades de consumo (libros de bolsillo edición limitada, best-seller...).

Los conceptos de «competencia» y de «interacción» nos permiten adoptar sorprendentes vistas de pájaro sobre el objeto de estudio «escritura». Un último ejemplo nos puede permitir vislumbrar la perspectiva de investigación a la que aludimos. Observemos tan sólo el concepto de «escriba» y sus posteriores transformaciones. Es conocido el inmenso poder que han tenido los escribas, por ejemplo, en la Edad Media, cuando eran tan sólo el 3% de la población activa y detentaban importante información. Pero, ¿cómo podríamos conceptualizar los nuevos escribas? Cuando constatamos la tiranía de las cifras y de las letras sobre cada ciudadano moderno (apartamento, teléfono, seguridad social, matrícula del coche, títulos, cuenta bancaria, curriculum profesional...) o cuando constatamos junto a los urbanistas y los etnólogos urbanos que «la ciudad se da a leer»: en el conjunto de su arquitectura, en la concentración de señales, en la suma de las mercancías; cuando constatamos, en fin, la proliferación de los saberes escritos (psicología, pedagogía, lingüística, sociología, dietética...) que asumen la misión de corregir la inscripción socioeconómica del ciudadano moderno, programando una escritura cultural, imaginaria, etc. Aún queda por hacer una descripción del escriba moderno y de su esclavitud y de sus menguados poderes.

Con esta apresurada enumeración hemos querido tan sólo apuntar alguna de las múltiples travesías que es posible llevar a cabo hoy en día por el agitado mar de la escritura. Tal como nos lo proponen los estudios que conciben nuestra cultura escrita como una inmensa «gramatología».

El último titanismo

Así que aquí estoy, por el camino de en medio, habiendo pasado veinte años, veinte años casi desperdiciados, los años de *l'entre deux guerres*; tratando de aprender a usar palabras, y cada intento es un arranque completamente nuevo, y un diferente tipo de fracaso porque uno ha aprendido sólo a prevalecer sobre las palabras para aquello que uno ya no tiene que decir, o el modo como uno ya no está dispuesto a decirlo. Y así cada intento es un nuevo comienzo, una incursión en lo inarticulado con un desastrado equipo siempre deteriorándose en la confusión general de la imprecisión del sentimiento, indisciplinadas escuadras de emoción. Y lo que hay que vencer por fuerza o sumisión, ya se ha descubierto una vez o dos, o varias veces, por hombres que uno no puede esperar emular —pero no hay competición— sólo hay lucha por recobrar lo que se ha perdido y encontrado y vuelto a perder; y ahora, en condiciones que no parecen propicias. Pero quizá no hay ganancia ni pérdida. Para nosotros, sólo está el intentar. Lo demás no es asunto nuestro.

Nuestra casa es desde donde se arranca. Al envejecer el mundo se nos vuelve más extraño, más complicada la ordenación de lo muerto y lo vivo. No el intenso momento aislado, sin antes ni después, sino toda una vida ardiendo en cada momento y no toda la vida de un hombre solamente sino de viejas piedras que no se pueden descifrar. Hay un tiempo para anochecer bajo la luz de las estrellas, un tiempo para el anochecer a la luz de la lámpara (el anochecer con el álbum de fotos).

El amor es más aproximadamente el mismo
cuando dejan de importar el aquí y el ahora.
Los viejos deberían ser exploradores
aquí o allí no importa
debemos estar quietos y seguir moviéndonos
entrando a otra intensidad
para una mayor unión, una comunión más honda
a través del oscuro frío y la vacía desolación,
el clamor de la ola, el clamor del viento, las vastas aguas
del petrel y la marsopa. En mi fin está mi comienzo.

T.S. ELIOT. *Cuatro cuartetos*
(fragmento de «East Coker»)

7. La reproducción

Ha sido Roland Barthes (1973), quien ha escrito de manera más explícita e incisiva sobre la necesidad de encontrar la ley que explique el carácter básico del orden autónomo de la escritura, como encrucijada de funciones y de prácticas.

Barthes llama a esta ley que enuncia el funcionamiento sociocultural de la escritura «ley de reproducción». Su ejercicio supone el cruce complejo de dos principios:

1. Principio de inscripción. Expresa la propensión del orden de la escritura a ritualizarse socialmente, como orden simbólico por excelencia. Un territorio en el que haya dos lenguas en conflicto social, por ejemplo, es la constatación diaria del prestigio de este principio. Porque una comunicación escrita fuertemente socializada es el lugar privilegiado de la dominación. Así como una minoría lingüística se acompaña siempre del deterioro de su inscripción.

2. Principio de escritura. Expresa la propensión del orden de la escritura a transformarse, a metamorfosearse. El dominio de lo que solemos llamar «literatura» expone por excelencia este principio. Tendencia de la escritura al juego, a la pluralidad de expresiones, a la yuxtaposición conflictiva de los códigos.

Ahora bien, si hay algo que caracterice la ley de reproducción de la escritura es el funcionamiento imbricado de estos dos principios. Intentaremos mostrar su complejidad con algunos ejemplos. Si comparamos una autobiografía con un curriculum vitae, por ejemplo, observamos de inmediato la oposición clara de los principios. Pero la fuerza seductora de un texto publicitario nos recuerda, por otra parte, hasta qué punto ambos principios son inseparables.

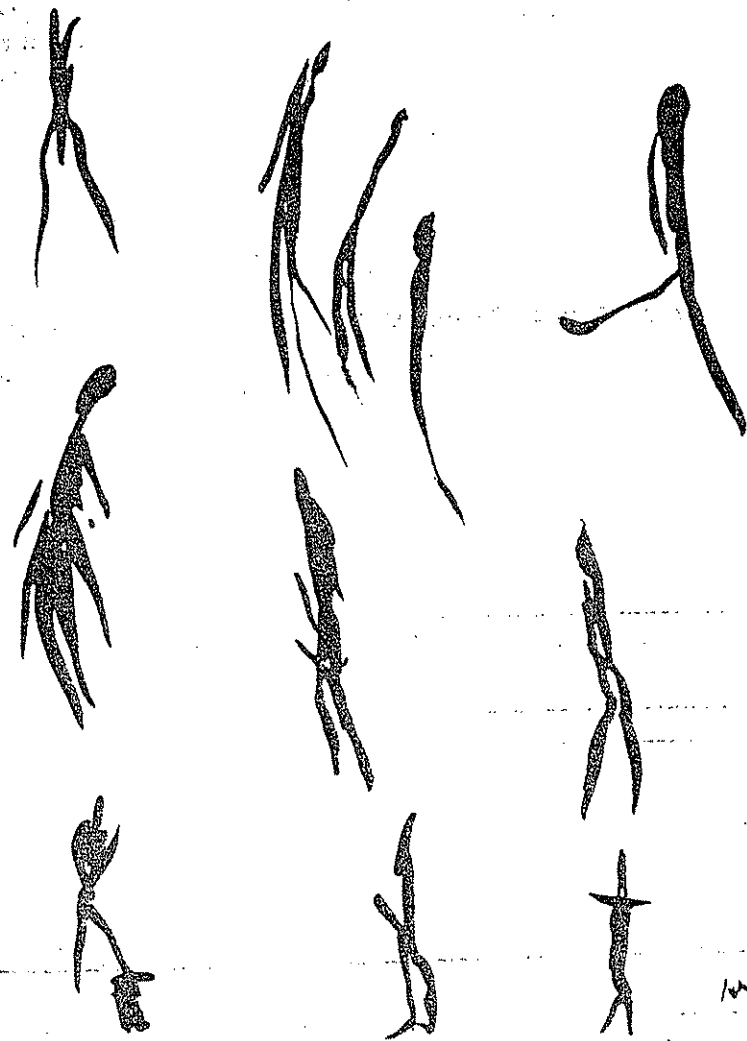
Los dos principios de la ley de reproducción de la escritura nos permiten entender también los fenómenos artísticos de la llamada «era de la reproductibilidad técnica» (Walter Benjamin). Tomemos por ejemplo la escritura chi-

na y su permanencia pétrea a lo largo de miles de años. Cada elaboración ideográfica es una construcción estética e ideológica muy sólida. Hasta el punto que su representación a través del trazo caligráfico a pincel no ha sido todavía desplazada por un sistema de escritura más «económico» como el alfabeto. Pero es que ante esta escritura, cada escritor se encuentra como ante una representación, mitad espejo, mitad simulacro, que oscila admirablemente entre constreñimiento cultural y sobfante estético.

De ahí que cada calígrafo, sometido a una durísima disciplina, reinventa a su vez la escritura, como una pintura. Algunos pintores y escritores, como Paul Klee o Henri Michaux, han investigado la relación compleja entre la «transparencia del trazo», la legibilidad de una estructura, y por decirlo así, el estilo de un pueblo. Esta investigación les ha llevado a un desbordamiento y a una recomposición del sentido vinculado al grafismo. Primero hacia la ilegibilidad, deliberadamente buscada, y en provecho de lo visible. Después, con la re-imposición de una letra-signo excéntrica, han alcanzado la «escritura-humana», transgrediendo las fronteras étnicas que, como habremos de ver, vinculan el alfabeto al pictograma.

Bajo la ley de reproducción de la escritura, por último, es posible pensar la relación entre las técnicas de escritura y las formas de dominio y de gestión de las poblaciones. Reencontramos aquí nuestro interrogante abierto sobre la figura del escriba moderno. Como es sabido, la Edad Media se caracteriza por una alfabetización restringida. El estado moderno ha guardado el culto a la escritura que la poderosa figura de los escribas había monopolizado desde su invención. Por ello los tiempos modernos se caracterizan por la alfabetización de masas (entendiendo por modernidad, por lo que hace a la escritura, la época que se inaugura con la Reforma y la Contrarreforma (siglo XVI), cambios políticos y religiosos que hubiesen sido imposibles sin la invención de la imprenta).

En nuestras administraciones burocráticas los escritos oficiales reproducen como un canon los valores reconocidos culturalmente. Los regímenes democráticos serían im-



Escritura-pintura de Henri Michaux: Movimientos, 1959-1960.

posibles sin el hábito de cada ciudadano votante, que no sólo sabe escribir, sino que sabe descifrar listas, códigos. Tiene el hábito de diferir su opinión, de demorar la expresión de su pensamiento, silenciosamente, bajo un principio de no-reciprocidad entre un pequeño número de individuos y gran masa de individuos. Entre esta masa de simpatizantes, militantes, indiferentes, absentistas, la escritura no se encuentra repartida de igual modo. Algunas teorías sociológicas aseguran que la restricción de la alfabetización que se operaba en tiempos antiguos, se opera ahora en el interior mismo de la alfabetización. Es distinta la alfabetización del profesional de las tecnologías punta que la de una operadora en una terminal de ordenadores. La de un maestro y la de un ingeniero de caminos. Sin embargo, el estado hace de cada ciudadano el escriba que sabe reconocer y aplicar su ley.

Precisamente porque la escolarización no garantiza la alfabetización completa —al punto en que evolucionan las tecnologías de la escritura— se habla de «fracaso escolar», de «iletrismo» (esto es, de la incapacidad funcional, sabiendo leer y escribir, para atender activamente nuevas funciones simbólicas). Bajo estos eufemismos burocráticos podemos leer el éxito ambiguo de muy diversas resistencias, pero también, claro está, el éxito del poder en el mantenimiento de las jerarquías y en el reparto de privilegios.

8. *La oralidad secundaria de la escritura electrónica*

Como hemos apuntado más de una vez, nuestra comprensión cualitativamente diferente de las diferencias entre oralidad y escritura nació en la era electrónica. Es ahora y no antes, en la era de la post-tipografía, cuando emerge la posibilidad de una teoría de la escritura. Estas son las circunstancias, velozmente mutantes, de la nueva escritura electrónica:

— La composición con ordenador, a través de programas de procesamiento de texto, está reemplazando a pasos

agigantados todas las formas de composición tipográfica.

— Los aparatos electrónicos no están eliminando los libros. Toda información procesada electrónicamente llega hasta el final de la impresión para engrosar la producción tipográfica.

— El ordenador incrementa el sometimiento de la palabra al espacio y al rigor posicional de cada carácter. Convierte esta secuencia analítica, esencial a la norma escrita, en instantánea.

¿De qué manera se está transformando nuestro alfabetizado modo de pensamiento? El interrogante, por supuesto, va a permanecer abierto durante mucho tiempo. Pero si las consecuencias de la escritura cibernética nos son todavía imprevisibles; un solo paso atrás, en la historia de la tecnología de la escritura, nos pone sobre el aviso de los cambios de percepción y de conocimiento que la nueva técnica augura. Regresemos tan sólo a la máquina de escribir.

La máquina de escribir sintetiza la composición y la edición. Es producto de la guerra civil americana. Su nombre en inglés *typewriter* significa a la vez máquina de escribir y mecanógrafa. Con ella nuevas generaciones de mujeres cambiaron una educación escolar discriminada por la emancipación. Sobre máquinas ciegas, miles de personas aprendieron una nueva historicidad: la escritura automática. Su escritura genera enunciados posibles que todos reconocemos como pertenecientes a la elementalidad de nuestra vida cotidiana. Así nos recuerda Michel Foucault (1967), la función de reconocimiento que ejerce su escritura mecánica: *«El teclado de una máquina de escribir no es su enunciado; pero esta misma serie de letras, Q, W, E, R, T, enumeradas en un manual de mecanografía es el enunciado del orden alfabético adoptado en las máquinas.»* (La arqueología del saber).

Una última anécdota. El periódico berlinés *Berliner Tageblatt*, en marzo de 1882, notifica que el conocido filósofo y escritor F. Nietzsche, quien, a causa de sus graves

problemas de visión tuvo que abandonar su cátedra, se ha comprado una máquina de escribir. La noticia constata además algo que el mismo Nietzsche no deja de anotar en su correspondencia: sus nuevos trabajos se sitúan en perceptible contraste con respecto a sus entregas anteriores. Nietzsche mutó de argumentos a aforismos, de pensamientos a poemas. La máquina de escribir lo salvó, constata en una carta (1-4-1882), no sólo de la ceguera sino también del libro.

Pero ahora, en la era electrónica, estamos muy lejos de poder constatar mutaciones de estilo en nuestra nueva escritura. ¿«Información» en lugar de «cogito» cartesiano? La última revolución tecnológica nos ha extraído, ciertamente, de la esfera «sujeto-conocimiento de un objeto», inaugurada por la escritura alfabética, para sumergirnos en un medio aparentemente de contestación automatizada. De nuevo se trata de enfrentarnos con la cabeza alerta al fantasma del nuevo despotismo amenazante de los autómatas. Se trata de comprender qué hay en un más allá de la dicotomía oralidad/escritura que constituye hasta ahora el orden de acontecimientos de un individuo occidental. Para ello hay que referirse a un sistema de notación que ha evolucionado en nuestro modo de pensamiento alfabético de modo paralelo a la escritura: la escritura matemática.

Las matemáticas modernas tienen su origen en la escritura lógica que es posible con la invención del grafema «cifra». Nuestro sistema de numeración se consolida con la cultura arábiga (s. IX): con la aparición del cero y el advenimiento definitivo del valor posicional. Más allá del 9 es el 1 el que toma el relevo al principio de la serie, y el cero permite marcar la ausencia de unidad en el rango anterior. Consolidada esta topología, la matemática recorre una gigantesca aventura redoblando el espacio físico con múltiples espacios imaginarios cuyo sujeto no es el sujeto de la palabra. Por otra parte, toda ambigüedad o doble sentido de los signos está excluido. Su espacio es verdaderamente «teoría», espectáculo ofrecido a la mirada del espíritu. Y las elaboraciones de su lenguaje son ajenas a la función escritural de nuestro alfabeto, la representación de sonidos.

Pues bien, un modelo matemático; el del matemático Turing (1936, inventor del tipo de autómatas que lleva su nombre, y que son la base de la lógica de los microprocesadores), mostró que cada microprocesador supone desde el «software» lo que siempre soñó la cábala judía: conducir a resultados o a revelación cada signo escrito. Signos escritos que no hubiesen encontrado los ojos de ningún lector. Como también mostró que el ordenador, la máquina cuya base son las funciones recursivas (de retorno), y el cerebro, son funcionales, pero su conexión no es técnicamente compatible.

Por otra parte, es también a través de esta revolución tecnológica que estamos adentrándonos en una época dominada por el sonido. De ahí que los especialistas llamen a la era electrónica «edad de la oralidad secundaria». En efecto, a la oralidad de los teléfonos, de la radio, de la televisión (técnicas todas ellas dependientes de la escritura), se suma ahora la palabra artificial de los contestadores automáticos, la de los automóviles que consultan a sus propietarios... Se trata de la voz producida por una máquina por recurso a un algoritmo, voz «puesta en huella» por la cibernética. Esta síntesis de la voz se propone sustituir gradualmente la manipulación manual sobre el teclado por la programación vocal. Ello supone la estandarización de la palabra, la univocidad de mensaje, la neutralización de las marcas emocionales de la comunicación humana.

Así podríamos caracterizar tal vez esta «oralidad secundaria» (para distinguirla de la oralidad primaria, anterior a la escritura), propiciada por la inflación de la «voz artificial», pero originariamente derivada también de la escritura:

1. Como la antigua moralidad, es participante. Ahora tendemos a organizarnos deliberadamente en un grupo inmenso. La «aldea global», lo llama McLuhan. Pero en lugar del antiguo antagonismo abierto del estilo verbomotor, una cualidad de lo doméstico, gentil y escolarizado es común a todos los medios electrónicos.

2. La exteriorización del trazado de la voz no supone la exteriorización de la memoria humana. Ninguna memoria maquina (siempre por encima de las posibilidades humanas de memoria), se propone una memoria monumental de la especie humana. Las nuevas maquinas se sustraen a la producción del sentido apartándose de las reglas fundamentales de tal producción. Para decirlo pronto: la escritura cibernética, flujo total, no constituye sujeto alguno, si bien la máquina tiene por objeto facilitar sólo las proposiciones de decisiones o de acciones según la teoría de probabilidades (calcular las ocasiones, de éxito o de fracaso de tal o cual programa).

3. Las máquinas parlantes son incapaces de reproducir la dialéctica a través de la cual el hombre se constituye en sujeto en y por la escritura: tiempo improgramable, de suspenso, de error, tiempo del imaginario.

¿Qué pronósticos teóricos nos permite hacer esta época de la oralidad secundaria sobre el futuro de la escritura alfabética, que es ya el pasado en el que se está escribiendo? Una de cal, otra de arena, si se trata de una valoración teórica sobre las posibilidades de una técnica. Tal vez la concreción del interrogante no puede vislumbrarse sino en las diversas formas de la experiencia de la escritura. Esto es, en términos analógicos: la literatura, la historia de los sistemas de escrituras, la didáctica de la escritura.

II. La literatura: espacio histórico de la escritura

1. Origen trágico de la escritura

La cualidad «espacial» y la cualidad «visible» de la escritura nos han permitido una aproximación a su presente y, en cierto modo, como si este presente de la escritura fuese un paisaje abarcable con la mirada. Llamamos a esta aproximación «teoría de la escritura». Con ello hemos apuntado la dificultad para describir una técnica en la que no podemos mirarnos como en un espejo: su uso nos constituye. El uso de la escritura ha sedimentado en un espacio histórico que reconocemos como nuestra identidad más esencial. Decimos, por ejemplo, «Occidente» y nombramos con ello un conjunto de lugares y de épocas diversísimas. No obstante, nombramos una memoria que ocupa efectivamente un espacio histórico. «Literatura», (escritos) se nos aparece ahora como el nombre más apropiado para esta memoria escrita de nuestra identidad.

Como memoria de nuestra identidad, la escritura tiene un origen muy preciso. El filósofo italiano Colli (1965) fecha aproximadamente el nacimiento de la literatura en el primer documento importante para la historia griega: las leyes de Draconte (621 a.C.). Y en el primer documento filosófico escrito, la obra de Anaximandro (540-520 a.C.).

Colli nos recuerda, sin embargo, que las originarias doctrinas filosóficas estaban absolutamente tramadas en la enseñanza oral. Los *upanisad* de la India, los pitagóricos griegos, también Parménides y Empédocles son una buena muestra de ello. Lo que se ha transmitido como existencia filosófica, esto es, la sabiduría arcaica, se funda casi total-